



El papel de los mercenarios en los conflictos internacionales: de la Grecia clásica a las compañías militares privadas de hoy

The role of mercenaries in international
conflicts: from Classic Greece to
contemporary private military companies

O papel dos mercenários nos conflitos
internacionais: da Grécia Clássica às
companhias militares privadas de hoje

JUAN DAVID GARCÍA RAMÍREZ

Politólogo, candidato a Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la misma Universidad. El artículo es un producto del proyecto “Orden político contemporáneo” adscrito a la línea Relaciones internacionales del Grupo de Investigación en Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín-Colombia. Correo electrónico: juandgar82@gmail.com

Recibido:
2 de octubre de 2014
Aprobado:
27 de noviembre
de 2014





Resumen

Este trabajo se propone explicar el papel que desempeñan los mercenarios en los conflictos internacionales contemporáneos, como actores con capacidad para determinar sus dinámicas y desenlaces. Busca, además, contribuir con una visión objetiva de la privatización del uso de la fuerza, mediante un análisis de la naturaleza, contexto y estructura organizacional de los ejércitos mercenarios de la Grecia clásica, y una aproximación a las nuevas formas corporativas del mercenarismo como, por ejemplo, las compañías militares privadas de hoy para concluir que este tipo de actores constituye un elemento característico de la conflictividad internacional.

Palabras clave:

Conflicto, conflicto internacional, poder, seguridad, guerra.

Abstract

This paper aims first to explain the role of mercenaries in contemporary international conflicts, especially as actors with great capacity to determine the conflict's dynamic and outcome; and, second to provide an objective vision of the private use of force. The methodology used an analysis of nature, context and organizational structure of mercenary armies from Classic Greece to the new forms of corporate mercenarism, for instance private military companies. Conclusions show that this type of actors constitutes a characteristic element in international conflicts.

Key words:

Conflict, international conflict, power, security, war.

Resumo

Este trabalho se propõe explicar o papel que desempenham os mercenários nos conflitos internacionais contemporâneos, como atores com uma grande capacidade para determinar suas dinâmicas e resultado. Procura, também, contribuir a uma visão objetiva da privatização do uso da força, através de uma análise da natureza, contexto e estrutura organizacional dos exércitos mercenários da Grécia Clássica, e uma aproximação às novas formas corporativas do mercenarismo, como por exemplo, as companhias militares privadas de hoje, para concluir que este tipo de atores constitui um elemento característico da conflitualidade internacional.

Palavras-chave:

Conflito, conflito internacional, poder, segurança, guerra.

Introducción

La dinámica actual de los conflictos involucra a una diversidad de actores que, en el pasado, no revistieron la misma importancia en el origen, el desarrollo y el desenlace de los mismos. Desde la perspectiva neorrealista de las relaciones internacionales, el sistema internacional es estatocéntrico y cualquier actor diferente al Estado sólo posee una relevancia periférica, de manera que las acciones políticas emprendidas por éste, sobre todo, la guerra como instrumento para asegurar los intereses nacionales, tendrían un carácter de privativas o exclusivas y ninguna otra entidad estaría en condiciones de rivalizar con su poder. Esto es, que el Estado mantiene su capacidad para enfrentar a otros estados o responder a las amenazas a su seguridad, provenientes de organizaciones terroristas o grupos separatistas, por ejemplo.

En el plano de la guerra convencional o interestatal, que podría llamarse también tradicional, el Estado puede enfrentar a sus oponentes en solitario o a través de alianzas con otros estados. Pero la aparición de la guerra revolucionaria/contrarrevolucionaria, a partir del siglo XIX, exigió a las potencias coloniales plantear nuevas formas de imponerse en los conflictos bélicos, por verse expuestas al asedio de grupos de carácter no estatal, que perseguían la independencia o la secesión, con métodos de lucha y estructuras organizacionales a las que no estaban habituados, y que ponían en cuestión la utilidad de sus jerarquías, estrategias y tácticas.

Se trata de un contexto paralelo a la continuidad de las confrontaciones de carácter interestatal, con preeminencia de éstas en la primera mitad del siglo XX, pero que se torna más frecuente a partir de la Guerra Fría (Peñas, 1997), cuando la bipolaridad del sistema internacional produce un enfrentamiento indirecto entre Estados Unidos y la Unión Soviética, con el apoyo de cada uno a gobiernos y grupos armados favorables a sus intereses estratégicos en América Latina, África, Medio Oriente y el sudeste de Asia. Así, la lógica de la guerra experimentó un cambio con la interacción entre actores estatales y no estatales y encontró, en todo caso, su punto de salida en escenarios como la Guerra Civil Española de 1936, entre republicanos y nacionalistas y que concluyó con la victoria de los segundos, y la Guerra Popular promovida por Mao Tse-tung en China, en 1949. Ambas guerras han servido de paradigma para la conformación de las guerrillas comunistas latinoamericanas y de organizaciones como el Congreso Nacional Africano en Sudáfrica o la Organización para la Liberación de Palestina.

Sin embargo, el entorno de la Posguerra Fría posee una mayor complejidad y los planteamientos de Mary Kaldor (2001) trascienden la dicotomía de guerra

convencional y guerra revolucionaria/contrarrevolucionaria, para avanzar hacia una diferenciación entre viejas y nuevas guerras, de acuerdo con elementos como los objetivos políticos de los actores, sus métodos de lucha, medios o fuentes de financiación y estructura organizacional. En la perspectiva de Kaldor, es transversal la idea de que el Estado tiene un poder limitado para hacer frente a los desafíos planteados por actores como los grupos terroristas, las redes internacionales del crimen organizado, o fenómenos como la piratería y el protagonismo creciente de los mercenarios, bien sea de manera individual o vinculados con compañías militares de seguridad privada (Mayer, 2009). Con esta diversidad de actores, la noción de distribución de poder en el sistema internacional (Waltz, 1979) adquiere relevancia, pues se vuelve útil para explicar una realidad difícil de cuestionar: que el poder se halla difuso entre una multiplicidad de entidades y no es tan obvio el monopolio estatal de la violencia legítima, de modo que la capacidad estatal para resolver conflictos internos o internacionales está condicionada por las acciones de los demás actores.

En este contexto el mercenario parece un sujeto decisivo en el desarrollo de la mayoría de conflictos violentos, incluso en su prevención y hasta en el balance de fuerzas de quienes se enfrentan en ellos. Al respecto, los niveles de conflictividad del Instituto Heidelberg para la Investigación del Conflicto Internacional (HIIK, por sus siglas en Alemán) resultan útiles para comprender en qué momento entran en escena el mercenario o la compañía militar de seguridad privada. Esta institución distingue entre conflictos no violentos y conflictos violentos, para establecer cinco niveles de intensidad: a los no violentos se asignan los niveles de disputa y crisis no violenta, y a los violentos corresponden los niveles de crisis violenta, guerra limitada y guerra (Conflict Barometer, 2013). No está de más advertir que los actores armados, en particular los mercenarios, son característicos de los conflictos violentos y sus tres niveles de intensidad.

Este trabajo explica la importancia objetiva de los mercenarios en los conflictos internacionales y resalta las ventajas, riesgos y consecuencias de su actuación. Además, se propone plantear que no son actores nuevos en la guerra y, más bien, han participado en ella desde la antigüedad, y para el efecto se hace una comparación entre los mercenarios de la Grecia clásica (siglos VI al IV a.C.) y los de hoy, ejercicio que servirá para entender su transformación a través de dos mil quinientos años de historia.

Mercenarios griegos

Una de las obras cumbre de la literatura y la historia clásica griega, *La Anábasis de Ciro* (también conocida como *La Expedición Persa* o *La Expedición de los 10.000*), del historiador militar Jenofonte, relata un episodio de finales del siglo V a.C., en el que Ciro el Joven, gobernante de la *satrapía* de Asia Menor, planea destronar a su hermano, Artajerjes II, rey de Persia. Para conseguirlo, reclutó un ejército que incluía a 13.000 mercenarios griegos (la cifra varía, según las fuentes fueran griegas o persas, de 10.000 a 13.000, y se conoce como miríada, o *myriás*, que era la unidad de medida de los ejércitos persas, o *myrioi*, expresión utilizada por Jenofonte para referirse a un ejército innumerable o grande), con los que emprendió la expedición desde la costa oriental del Mar Egeo hacia el interior de Persia. En esta historia, la mayor parte del ejército huye en desbandada ante su derrota en la famosa *Batalla de Cunaxa*, cerca de Babilonia, mientras que los 13.000 soldados griegos permanecen unidos en el combate, con Clearco, comandante espartano. Por ser derrotados, deben negociar con el enemigo y los comandantes griegos son decapitados y los mercenarios eligen como nuevo comandante al ateniense Jenofonte, quien los guía en el viaje de retorno a Grecia.

Los griegos no conocían el término mercenario y el entorno en que éstos se desenvolvían era muy diferente al actual. En primer lugar, la ciudad-Estado forjó relaciones sociales, económicas y políticas particulares, en las que los mercenarios que conocemos hoy tendrían poco o ningún espacio, en tanto que los de la época ocupaban un lugar relevante en la vida social puesto que actuaban, por ejemplo, como mediadores en las relaciones entre la aristocracia y los gobernantes del Mediterráneo en la Grecia clásica, y no sólo como combatientes. Las personas que participaban en la discusión de los asuntos públicos en la Asamblea (*Ekklesia*), eran, con frecuencia, las mismas que iban a la guerra en representación de sus ciudades, y así lo documentan con suficiencia Tucídides, en la Historia de las Guerras del Peloponeso, y Heródoto, en la Historia. De esta manera, la guerra era un asunto central en la vida pública y una obligación ciudadana luchar por la *polis*, de manera que la ciudadanía se honraba en la guerra (Marinovic, 1988), es decir, había identidad entre el ciudadano y el soldado por cuanto, en últimas, eran la misma persona, así como se habla del campesino como soldado y del soldado como campesino y se define al ciudadano griego como un soldado propietario de una porción de tierra, que iba a la guerra para defender tres cosas: su ciudad, su tierra y su libertad (viene desde Grecia la relación simbiótica entre la propiedad privada y la idea de libertad), y, además, aportaba sus propias armas y recursos necesarios.

El soldado griego u hoplita (*hoplités*) poseía un fuerte sentido de la comunidad, y la infantería hoplita estaba estructurada alrededor de la idea de protección mutua (cada soldado se protegía a sí mismo y velaba por su compañero), y ésta es la razón por la cual la guerra revestía un carácter político para el ciudadano griego: si no se asumía la guerra, la comunidad y los lazos que se habían construido en torno a ella podían desaparecer. Vínculos como el que había entre padres e hijos, o el correspondiente al granjero independiente y su parcela, articulaban la relación entre la guerra y la vida política de la comunidad, unión que comenzó a romperse con la aparición del mercenario, un soldado experto y más profesional, que se dedicaba con exclusividad a los asuntos bélicos y cuyas habilidades superaban a las del hoplita tradicional (Marinovic, 1988). Sin duda, la relación entre la guerra, la estructura socioeconómica y la política de Grecia, cambió de forma radical con la incorporación cada vez mayor de los mercenarios a los ejércitos, por una nueva división del trabajo que hizo perder la independencia del campesino, en la medida en que renunció a sus responsabilidades políticas para encargar la protección de su hogar y su Estado a un especialista de la guerra.

Desde las reformas implementadas por Solón, con su Constitución del 594 a.C., la sociedad ateniense se ordenaba según el papel que cada individuo desempeñaba dentro del Estado y en la conducción de la guerra, así como en lo relacionado con su habilidad para proveer las armas necesarias al servicio militar (Trundle, 2004). Así pues, había tres estratos reconocidos: los ciudadanos más ricos conformaban la caballería (*hippeis*); los pequeños propietarios y comerciantes integraban la infantería (*hoplitai*), y los campesinos pobres o trabajadores de la tierra (*zeugitai*), no iban a la guerra ni poseían derechos civiles y políticos. Con la introducción de los mercenarios, las relaciones económicas en Grecia experimentaron un cambio, en virtud de la vía de la remuneración que recibían a cambio de su servicio a la *polis* como guerreros, es decir, se creó un nuevo tipo de relación social, por asumirse la participación en la guerra como un trabajo para el que la ciudad-Estado contrataba a un especialista. Está claro, de este modo, que el mercenario representó un fenómeno social, económico y político trascendental para la vida de la Grecia clásica. Tanto así que formó comunidades militares independientes por fuera de la *polis*, en las que los individuos compartían un oficio, una serie de aspiraciones económicas y una significancia creciente, determinada por las necesidades y objetivos estratégicos de la ciudad-Estado en la guerra.

Según Trundle,

las experiencias de Ciro y sus mercenarios griegos proveyeron un paradigma para eventos futuros. Entre el 399 y el 330 a.C., fueron muchos los intentos de los sá-

trapas por independizarse del Gran Rey. El colapso de la unidad del Imperio Persa condujo al empleo prolífico de mercenarios griegos para ayudar a mantener la autoridad imperial, o para evitar que ésta se derrumbara. Las campañas bélicas eran cada vez más frecuentes y a los campesinos se les dificultaba dejar sus tierras para ir a pelear en la guerra, de manera que la aparición de soldados especialistas, como arqueros, lanzadores y tropas ligeras, capaces de conducir complejas maniobras y de usar armas especiales, forzó a los estados a contratar profesionales entrenados que asegurarían resultados más certeros en el campo de batalla. (2004, p. 7)

El siglo IV a.C. abrió nuevas vías a la especialización y profesionalización de la guerra, y propició grandes oportunidades para los mercenarios, quienes sabían que en cada región habría trabajo para ellos, y en distintos periodos del año. Esta época, además de los grandes acontecimientos bélicos que la caracterizan, ha sido llamada por algunos historiadores como la de la *Gran explosión mercenaria griega del siglo IV* (Miller, 1984).

Hay algunos términos con los que puede asociarse la categoría de mercenario en la antigüedad clásica, a falta de un nombre específico para referirse a él (Trundle, 2004). Entre los más conocidos y empleados por los historiadores militares y estrategias griegos, sobresale el *epikouros*, que significaría luchador paralelo o ayudante, para aludir a aquel que combate junto al soldado regular o *stratiotés*. En segundo lugar, *xenos*, que se refiere de forma genérica al extranjero o foráneo y que, aplicado a las guerras del siglo V, explicaría el origen extranjero del combatiente. Más adelante, hacia finales del siglo V a.C. y a lo largo del siglo IV a. C., el *xenos* pasó a llamarse *misthophoros*, o asalariado para hacer alusión al soldado que percibía un salario, y éste fue el término más común utilizado por los historiadores griegos del periodo de la Roma clásica. La condición de asalariado parece hallarse marcada por un tono peyorativo, puesto que recibir una remuneración económica, a cambio de algún servicio, contravenía los valores aristocráticos. Aún más, trabajar implicaba, para los aristócratas, una forma de renunciar a la libertad (*eleutheria*) y la independencia (*autarcheia*), de manera que los oradores, cuando buscaban desprestigiar o denigrar a sus oponentes, utilizaban palabras alusivas a salario o contrato.

No obstante, la aristocracia ateniense, espartana y, en general, de todo el mundo helénico, era consciente del momento histórico que vivía la región y de que el poder económico, político y militar les permitiría proyectarse tanto en el mar Jónico como en el Egeo, para conformar coaliciones que luego condujeran a la construcción de imperios (Miller, 1984). En el caso del Imperio Ateniense, el posicionamiento comercial y territorial en plena coyuntura de las Guerras Médi-

cas, exigía unas capacidades militares superiores a las requeridas para defender las *poleis*, y Atenas estaba dispuesta, como de hecho se demostró, a invertir ingentes cantidades de recursos en consolidar su poderío frente a Persia, y los mercenarios obraron como un instrumento eficaz para lograr ese objetivo porque abundaban en la región y su nivel de especialización ante la infantería hoplita convencional era su mayor cualidad. Entonces, la aristocracia griega fue presa de una contradicción política, al rechazar la figura del mercenario en los espacios de deliberación pública de la *polis*, pero era preciso admitir su necesidad para determinar mejores resultados en las guerras exteriores.

La estructura organizacional de los ejércitos mercenarios griegos

En el análisis de las formas de organización de los grupos y su estructura, los criterios que hoy se aplican al contexto de las nuevas guerras pueden adaptarse, para una mejor comprensión del fenómeno mercenario en la antigüedad clásica, a las relaciones que se tejían entre los soldados mercenarios y sus empleadores, de igual forma que a las jerarquías establecidas dentro de los ejércitos mercenarios. Siendo así, las nociones de forma o mapa organizacional, elementos organizacionales y operacionales, y alcance global (Cragin, Daly, 2004), encajan en las dinámicas mercenarias del siglo V a.C., y, en primer lugar, puede asumirse que las relaciones entre el mercenario y su empleador eran en esencia económicas, de remuneración, aunque hubiera otros factores relevantes a la hora de determinar la posición de cada uno en el campo de batalla.

El empleador (*misthodes*), encargado de reclutar y contratar mercenarios, era quien pagaba el salario y, en muchas ocasiones, actuaba como comandante de las distintas unidades. En síntesis, era el superior jerárquico del mercenario y a quien éste debía servicio y obediencia. No obstante, el empleador no era siempre independiente y estaba sujeto a las decisiones de gobernantes de las *poleis* o de sátrapas persas, es decir, ocupaba una posición intermedia de poder entre el mercenario y el conductor político, bien fuera del Imperio Persa o de alguna ciudad-Estado griega. Con frecuencia, los reyes persas comisionaban a generales, sátrapas o embajadores la conformación de ejércitos mercenarios a partir de tropas griegas, y se establecía una relación en la que el empleador contaba con su propio ejército, compuesto por fuerzas nativas o locales, y lo complementaba con “tropas bárbaras” (término usado por los persas para referirse a las tropas mercenarias griegas),

ya dirigidas por generales griegos o *stratégoi* (Trundle, 2004), cuya presencia en el terreno produjo fricciones, por los conflictos de poder que éstos tenían con los empleadores porque no poseían autonomía para comandar operaciones y estaban sometidos a sus órdenes. Como sostiene Trundle,

Los generales o *stratégoi* eran empleados por los reyes o los sátrapas para liderar campañas, en lugar de desempeñar alguna función diplomática o de mediación entre ciudades. Se dedicaban a comandar operaciones en el campo de batalla, y a mediar las relaciones entre el empleador y los oficiales de rango menor o soldados de primera línea. Un general podía ser al mismo tiempo un personaje connotado de la vida de la *polis*, como también un hombre sencillo con la capacidad de reunir un pequeño ejército mercenario para alguna campaña. Su status no estaba bien definido, por lo que no era una condición necesaria ocupar alguna posición prominente en la *polis*. (2004, p. 134)

Aparte de la estructura organizacional, la consideración sobre la identidad nacional de los mercenarios o su lealtad a las *poleis* de las que provenían, es importante para la comparación que se ha propuesto con los mercenarios contemporáneos. La multiplicidad de ciudades-Estado dispersas por las costas del mar Egeo y el mar Jónico, forjó identidades menos fuertes que las modernas, impulsadas por el Estado nación. La ausencia de una identidad nacional griega, por las constantes rivalidades entre *poleis* que competían por un espacio de poder en cada isla o en territorio peninsular, facilitó la movilidad de los mercenarios, que no se sentían constreñidos por vínculos afectivos con su tierra natal. De hecho, los primeros intentos de unidad griega vinieron en la forma de federaciones o ligas, como la Liga de Delos, la Liga del Peloponeso o la Liga Egea, pero éstas se organizaron más por objetivos pragmáticos y estratégicos que por simpatía o valores comunes, y el ejemplo más paradigmático es la reconocida *Paz General* del siglo IV, o *koiné eirené*, entre Esparta, Atenas y otras ciudades-Estado.

Mercenarios del siglo XXI: la polémica figura del contratista de seguridad

Como se explicaba al inicio, la evolución de los conflictos violentos ha estado marcada por la aparición, en cada época, de nuevos actores que persiguen diversos objetivos políticos, económicos, sociales o religiosos, así como por las interacciones que se dan entre ellos. Y los mercenarios, como se demostró en la primera

parte, han sido centrales en los conflictos desde la antigüedad clásica. Plantear la importancia de los mercenarios para los conflictos internacionales de la actualidad, ha llevado a distintos autores a reevaluar la idea de que constituyen una novedad en el contexto de la violencia organizada de Posguerra Fría (Kaldor, 2001), puesto que si hay evidencia de su continuidad histórica, cualquier discusión sobre el asunto debe enfocarse, más bien, en la transformación del fenómeno a lo largo de 2.500 años. Al mismo tiempo, esa evidencia ofrece elementos para diferenciar el entorno de la confrontación bélica en el escenario internacional griego de los siglos VI al IV a.C., del característico de los conflictos de hoy, disipándose cualquier intento por reducir la realidad del mercenario a un caso más de privatización de la violencia.

En su distinción entre viejas y nuevas guerras, Mary Kaldor habla de unas pautas generales para el desarrollo de éstas, y advierte un cambio en el tipo de conflictos violentos que se reproducen en cada región del mundo: de la proliferación de conflictos interestatales hasta el fin de la Guerra Fría, se pasa a la abundancia de conflictos intraestatales o internos, con repercusión regional o internacional, que ocurren en el concierto de la globalización y en situaciones de debilitamiento del Estado nación, junto con la erosión del monopolio de la violencia legítima estatal y una creciente dificultad de los estados para enfrentar nuevas amenazas a su estabilidad. Éstas serían las circunstancias adecuadas para el surgimiento de grupos yihadistas o separatistas, de carteles narcotraficantes y de trata de personas, de la misma manera que servirían para explicar la necesidad, cada vez mayor, por parte de los estados, de acudir a los servicios de las compañías militares privadas (*Private Military Companies*), que serían la versión contemporánea de los ejércitos mercenarios (Moesgaard, 2013).

Ese punto de vista favorece una posible relación entre la debilidad del Estado y la presencia de mercenarios en conflictos que aquél, con su poder, no ha logrado evitar ni resolver. Pero la realidad de estos actores da cuenta de una mayor complejidad, pues su actuación, aunque orientada a sociedades inestables y, por tanto, incapaces de contener la competencia violenta entre grupos por el territorio, los recursos o el poder político, ha sido concebida por estados fuertes y organizados, con estabilidad política, económica y social, poseedores de una reconocida capacidad para proyectar sus intereses nacionales. O sea, los grupos de mercenarios pueden surgir como consecuencia de la debilidad estatal para enfrentar el problema de la violencia generalizada, mas ésta no es la única condición de la que depende su existencia (Mayer, 2009).

A diferencia del papel limitado que los mercenarios griegos, romanos y persas desempeñaron como guerreros, estrategas o mediadores, el ámbito de acción del mercenario actual goza de gran amplitud, y sus tareas pueden ir desde la intervención en situaciones de crisis, hasta la asesoría y la consultoría en seguridad para empresas privadas. En esas condiciones, el mercenario posee un carácter versátil, adaptable a espacios que no siempre implican la confrontación armada, aunque ésta siga siendo su principal fuente de trabajo. Y por esa misma razón, al mercenario de hoy puede llamársele también contratista de seguridad, lo cual no obsta para que todo proveedor de seguridad privada pueda ser considerado un mercenario.

El mercado de la fuerza privada

Hay numerosos factores que explican el auge de las compañías militares privadas, y el recurso a éstas por parte de los estados, para intervenir en operaciones militares y de seguridad (Mayer, 2009). El más importante es el fin de la Guerra Fría, que trajo como consecuencia la desactivación o el replanteamiento del papel de las fuerzas armadas en múltiples países; la tendencia a la privatización, impulsada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en el decenio de 1980; la mayor eficiencia del sector privado frente al público; la necesidad creciente de tecnología especializada en el ámbito de la seguridad y la defensa; como también la incapacidad de algunos estados para asumir los costos de emprender una intervención militar en escenarios de conflicto.

La fuerza privada, término válido para definir el tipo de fuerza diferente a la pública o estatal, ha evolucionado desde actos individuales de mercenarismo hacia formas corporativas, más profesionales y legitimadas por los estados. Las compañías militares de seguridad privada (*Private Military Security Companies*), no se limitan hoy a la provisión de armamento o de efectivos entrenados para intervenir en conflictos violentos, y se han convertido en proveedoras de conocimiento e información valiosa para gobiernos y empresas, sobre todo en el sector de inteligencia, lo que hace posible afirmar que el mundo asiste a una nueva generación de compañías militares privadas. En todo caso, el compromiso visible de estas organizaciones en asuntos otrora privativos del Estado, ha despertado la preocupación de gobiernos, organismos internacionales y grupos de la sociedad civil desde el decenio de 1990, sobre todo, cuando grupos como *Executive Outcomes* y *Sandline* jugaron un rol decisivo en la solución de conflictos como el de Sierra Leona, Angola o Papúa Nueva Guinea, entre 1994 y 1997 (Trundle, 2004), que

intervinieron como fuerzas con el suficiente poder y recursos para derrotar a los grupos armados ilegales que actuaban en esos países.

Mientras la participación del sector privado en la investigación y desarrollo de tecnología militar, ha sido vista como una situación normal y aceptable para el mantenimiento de aparatos estatales de defensa modernos y viables, el ejercicio estatal de la violencia legítima por parte de empresas privadas genera toda clase de controversias y no parece algo deseable desde el punto de vista político, legal ni moral (Moesgaard, 2013). Sin embargo, a medida que los estados requieren un mayor compromiso de estas empresas en escenarios de conflicto, la cuestión se asume como algo usual y parece indiscutible su eficacia estratégica. En realidad, la conciencia de la transformación de la guerra permite una comprensión objetiva del protagonismo de estos actores en el siglo XXI. Los estados enfrentan desafíos como la limitación presupuestaria para seguridad y defensa, la contracción demográfica o condiciones cambiantes en los conflictos armados, que exigen respuestas pragmáticas, ajustadas a la realidad. Para los Estados Unidos, Gran Bretaña o Rusia, por ejemplo, la respuesta a las amenazas a su seguridad o la forma de actuar en otros lugares, hace tiempo dejó de ser convencional y se ha adaptado a la multiplicidad de actores no estatales que ponen en riesgo sus intereses.

La definición del alcance de las compañías militares de seguridad privada, o compañías militares privadas, tiende a ser confusa y hace confluir los términos “militar” y “seguridad”. Shearer (1998, p. 69) sostiene que “las compañías militares están diseñadas para producir un impacto estratégico, en tanto que las compañías de seguridad privada se limitan a proteger la propiedad o el personal de una entidad determinada”. Por su parte, Singer (2008) ofrece una distinción a partir del espacio en el que cada empresa presta sus servicios, y explica que hay una distancia entre garantizar la seguridad de un conjunto residencial o administrar una prisión, y asesorar y entrenar a fuerzas de Policía o militares en Irak, Afganistán o Croacia. Las compañías militares de seguridad privada contribuyen a diluir la distinción entre la esfera de la seguridad (fuerzas de policía) y la defensa (fuerzas militares), cuando intervienen en ambas.

El debate sobre el poder y alcance de la fuerza privada y su razón de ser, sugiere la inquietud de si se trata de una cuestión de soberanía del Estado, o de relaciones internacionales, o de políticas públicas y gobernabilidad, o de Derecho Internacional Público. Al margen de los espacios, nacional y transnacional, de la esfera pública o privada, las compañías militares de seguridad privada no están limitadas a un ámbito operacional nacional, como en principio estarían los ejércitos nacionales de los estados, ni reclutan a sus integrantes según su nacionalidad. En ese

sentido, la concepción sobre la seguridad y el uso privado de la fuerza trasciende los límites convencionales. Como argumenta Moesgaard,

En 1995, Executive Outcomes fue contratada por el gobierno de Sierra Leona para combatir al Frente Revolucionario Unido, que controlaba vastas regiones del país y las exportaciones de recursos naturales. Los servicios para los que fue requerida, fueron: entrenamiento básico, inteligencia, asistencia en el combate y uso de radares para ataques nocturnos. Al cabo de diez meses, el país había sido pacificado y por primera vez en veintitrés años fue posible celebrar elecciones presidenciales, en marzo de 1996. (2013, p. 10)

El ejemplo de *Executive Outcomes* y *Sandline* en los noventa, en la misma vía que el de la estadounidense *Blackwater*, con su intervención en Irak en los últimos años, ha impulsado la construcción de definiciones útiles para comprender el impacto de estas organizaciones en el contexto de los conflictos contemporáneos.

Singer (2008) habla de firmas proveedoras militares (*Military Provider Firms*), para referirse a empresas que proveen servicios de combate, es decir, prestan sus efectivos para el campo de batalla. En segundo lugar, se encuentran las firmas consultoras militares (*Military Consultant Firms*), encargadas de ofrecer asesoría y entrenamiento, así como análisis y formación estratégica, operacional y organizacional, pero no intervienen en el campo de batalla. Y, en último lugar, habla de las firmas de apoyo militar (*Military Support Firms*), que prestan servicios de apoyo no letal, asistencia logística, apoyo técnico y transporte. Con esta tipología, Singer da a entender que el rango de actuación en el mercado de la fuerza privada es tan amplio que resultaría simplista reducirlo al uso de la violencia por parte de empresas privadas. En particular, las firmas del tercer tipo aportan a una visión menos negativa de este mercado por cuanto combinan habilidades militares y civiles y asignan mayor valor al conocimiento y la información.

Conclusión

En la actualidad otra cuestión sale a la superficie y es la que se relaciona con la utilidad de las compañías militares de seguridad privada como instrumentos del Estado o, en otras palabras, su capacidad para maximizar las oportunidades del Estado en las relaciones internacionales, en un contexto de proliferación de conflictos y de anarquía internacional. Para algunos autores como Spearin (2007), estas compañías pueden ayudar a los estados en la resolución de conflictos de baja

intensidad, en la que comprometer a las fuerzas militares carece de apoyo de la opinión pública. Esta perspectiva apunta a un beneficio del Estado, por la asunción de una política exterior y de seguridad más efectiva, al tiempo que se reducen los costos políticos de intervenir. Otros, como Ballard (2007), argumentan que la estrecha cooperación entre el Estado y estas compañías genera una espiral de intereses económicos y políticos, que comprometen la transparencia del gobierno y el poder legislativo y causan un gran despilfarro de los recursos que aportan los contribuyentes. Se haría visible, pues, la erosión de la autoridad del Estado y su permeabilidad ante el poder de actores privados.

Referencias

- Ballard, K. (2007). The Privatization of Military Affairs: A look into the Private Military Industry. En T. Jäger and G. E. Kümmel (Eds.) *Private Military and Security Companies: Chances, Problems, Pitfalls and Prospects* (37-53). Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Cragin, K., Daly, S. (2004). *El terrorismo como amenaza dinámica: una aproximación a las motivaciones y capacidades de un grupo en un mundo cambiante*. Los Angeles (CA): RAND Corporation.
- Heidelberg Institute for International Conflict Research. (2013). *Conflict Barometer 2013*. Heidelberg: University of Heidelberg Press Office.
- Kaldor, M. (2001). *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets.
- Marinovic, L. (1988). *Le Mercenariat grec au IVe siècle avant notre ère et la crise de la polis*. París: L'Université de Besançon.
- Mayer, D. (2009). Peaceful Warriors: Private Military Security Companies and the Quest for Stable Societies. *Journal of Business Ethics*, 89 (4), 387-401.
- Miller, H. (1984). The Practical and Economic Background to the Greek Mercenary Explosion. *Greece and Rome*, 31, 153-60.
- Moesgaard, C. (2013). *Private Military and Security Companies: From Mercenaries to Intelligence Providers*. Copenhagen: Danish Institute for International Studies-Vesterkopi AS.
- Peñas, F. (1997). *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y Relaciones Internacionales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Shearer, D. (1998). Outsourcing War. *Foreign Policy*, (112), 68-81.
- Singer, P. (2008). *Corporate Warriors: The Rise of the Privatized Military Industry*. Cornell (NY): Cornell University Press.
- Spearin, C. (2007). Contracting a Counterinsurgency? Implications for US Policy in Iraq and Beyond. *Small Wars & Insurgencies*, 18(4), 541-558.
- Trundle, M. (2004). *Greek Mercenaries: From the Late Archaic Period to Alexander*. London: Routledge.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Reading (MA): Addison Wesley Publishing Company.